

Planteo y disolución de la ontología en los escritos metafísicos de Macedonio Fernández

Dante Aimino*

En alguna página entre 1930 y 1950, Macedonio Fernández escribió: “El error de mucha metafísica ha consistido en emprender el trabajo de hallar la acepción de lo que carece de acepción, y de indagar si concuerda o no con la experiencia lo que no puede concordar ni discordar por no tener sentido alguno.”¹

El autor de esta frase es, según lo que nos consta, casi un desconocido en el ámbito de la discusión de ideas filosóficas de relieve, diríamos, técnico. No es la oportunidad, ésta, de razonar acerca de esa omisión. Del modo más directo posible, nos importa, en cambio, presentar algún aspecto de su pensamiento, el que se orienta hacia el plano metafísico. En particular, hacia la consideración de la posibilidad de la ontología como ciencia. Como se vislumbra en el título de nuestro artículo, dicha cuestión será respondida negativamente.

A la vista de este tema, seguiremos un derrotero guiados por este esquema:

i) Qué significado le otorga Fernández a los términos *ontología*, *metafísica*, *ciencia*, *filosofía* y *mística*. Con ello, daremos un registro semántico del contexto discursivo idiosincrásico de nuestro autor.

* Universidad Nacional del Comahue. Área de Gnoseología.

¹ Macedonio Fernández, *No todo es vigilia la de los ojos abiertos y otros escritos metafísicos*, Vol. VIII de Obras Completas, Corregidor, Buenos Aires, 1990, p. 389.

ii) Cómo es que llega a plantearse una ontología y de qué manera se desvanece la ilusión de su posibilidad. Estaremos recorriendo nuestro tema por medio de una interpretación de la esbozada *genealogía* del sentimiento metafísico que da lugar al planteo ontológico, según lo piensa Fernández.

iii) Qué presupuestos intervienen en esa perspectiva. Importará señalar, aquí y por último, cómo y en qué medida puede trazarse un paralelo de ésta con la posición de un empirismo y un atomismo lógicos ortodoxos.

1

Deberemos iniciar nuestra prometida sección semántica con alguna salvedad. Las meditaciones que Fernández dejó con relación al tema no albergan casi el uso del término *ontología*. No obstante, puede suponerse con suficiente precisión lo que debió entender por ésta a la luz de otros términos asociados estructuralmente en su pensamiento. Los usos únicos que registra el volumen VIII de las Obras Completas, *No todo es vigilia la de los ojos abiertos y otros escritos metafísicos*, aluden, en una parte, a cierta “ontología fantasmal” que contendría el empleo de conceptos inverificables (p. 407). En otra, se nos habla de una “ontología sutil” (p. 349). Fernández no se refiere con estas mínimas descripciones a algún tipo de ontología en especial. Antes bien, la identifica con el conjunto de la tradición metafísica sin detenerse en particularismos.² Con todo, permítasenos postular una definición de ontología acorde con el contexto. Casi con seguridad, Fernández debió entender por “Ontología”, una teoría de las categorías últimas que explican la presentación de la realidad en su conjunto.

Esta idea de ontología no coincide palmo a palmo con su concepción de metafísica, pero igual que en toda la tradición, hay una relación de superposición entre ambos conceptos. A diferencia de la voz *ontología*, el término *metafísica* figura numerosas veces y en unas cuantas acompañado

² Fernández no distingue, por desconocimiento o desinterés, rupturas internas en la historia de la metafísica como las que suelen representar entre conocedores, figuras como Kant, Nietzsche o Heidegger. En todo caso, una ruptura de ese tipo la señala en Schopenhauer, pero sin que eso afecte su consideración de la metafísica u ontología como un todo. Lo importante aquí es la declaración de su imposibilidad epistémica.

de una definición. Esta abundancia engendra, por otra parte, una inestabilidad semántica que intentaremos reducir hacia un sentido principal. No podremos, de todas maneras, elucidar este sentido sin acusar la posición respectiva en que se halla la concepción de metafísica de Fernández en el entramado de lo que entiende por *ciencia* y por *mística*. Nos valdremos para ello de escritos previos a *No todo es vigilia*, en torno a 1908, en los que la búsqueda de especificaciones entre esos ámbitos es recurrente.

La metafísica alude, ante todo, para Fernández, al ámbito de la Existencia. Ésta, la Existencia, es su tema único y propio aunque ninguna denominación lo designe específicamente. Ninguna palabra nombra el ámbito que inquieta a todo pensador metafísico. Justo por esto lo indica de otros varios modos: el Fenómeno, el Ser, la Realidad. El antiguo “ente en cuanto ente” se asoma aquí sin que Fernández haga uso de esa expresión y prefiera merodear ese ámbito de lo metafísico con alusiones débiles. Ese balbuceo metafísico no es superficial; es oriundo de sus concepciones relativas al lenguaje y a la trama íntima de lo que hay.

Los textos que se sitúan en derredor de la fecha de referencia, 1908, son insistentes en la busca de una diferenciación nítida entre la metafísica, la ciencia y la filosofía. Expresa la retirada de cierto romanticismo cientificista que cobijaba el temple intelectual del Fernández joven de la década del '90 (decimos: de 1890). Para nuestra fortuna de lector, se hallan, entre tanta circunvolución del pensar, algunos resúmenes expeditos. Sostiene, por ejemplo: “La Metafísica es el conocimiento del Ser, no de las leyes, relaciones o modos de ser; precisamente es la consideración del ser con eliminación de toda relación y ubicación. Es el esfuerzo de visión no aperceptiva de la Realidad. Ciencia y Filosofía son Apercepción; Metafísica es Visión.”³

El catálogo de disciplinas que presenta Fernández posee una innegable comunidad gnoseológica. Ciencia, filosofía y metafísica pertenecen al ámbito del conocimiento. Pero difieren radicalmente en el *género*, por lo tanto en el *modo*. El género y el modo metafísico son los de la contemplación y la descripción. El género y el modo de la ciencia y filosofía son los de la ordenación y la explicación. Explicación implica predicción y producción, en la medida en que el conocimiento del enlace entre dos fenómenos permite anticipar el efecto por la causa e incluso producirlo.

³ Macedonio Fernández, op. cit. p. 63.

Para despejar diferenciaciones esenciales a nuestro tema diremos que ciencia y filosofía inscriben, para Fernández, el género *epistémico*. En cambio, lo que entiende por metafísica se inscribe más bien en una actividad a la que llamaríamos de género *místico*. Es útil aclarar que nuestro interlocutor, que soporta con paciencia algunas violencias hermenéuticas, no usa el término *episteme* para contener los dos tipos de conocimiento, ciencia y filosofía. Pero creemos que aquel concepto trabaja secretamente en el interior de su diferenciación de ambos con lo metafísico.

La *episteme* se halla, entonces, presupuesta en el tipo de trabajo común a las ciencias y la filosofía. Estas trabajan en el ámbito de la *relación* entre fenómenos. Le interesa subordinar los complejos relacionales a leyes más o menos universales según se trate de las ciencias o de la filosofía. Fernández suscribe la idea que por entonces tenía Spencer de la sistematicidad piramidal del cuerpo del conocimiento que asciende desde el saber vulgar hasta el filosófico.⁴ En unos apuntes agrupados bajo el rótulo de “Bases en Metafísica”, escribe: “...la investigación de la ley más general de los fenómenos es el (asunto) de la Filosofía (...); y a las Ciencias toca la organización de leyes, causas, relaciones no universales...”⁵

Así, el género epistémico es a la postre práctico y con ello una continuación del saber vulgar. Fernández llama al conjunto de categorías usadas en la *episteme*, “meras practicidades”. “Meras practicidades, dice, como son la causalidad, el tiempo, el espacio, el yo, la materia, echan fantasmas en el alma mística y engendran perplejidades como la envuelta en esta pregunta o pseudopregunta: “¿Cómo fue causada la realidad? ¿Cómo empezó?”. Este fragmento entresacado de un texto titulado: “La metafísica, crítica del conocimiento; la Mística, crítica del Ser” atestigua bien cómo Fernández entiende lo que nosotros hemos llamado “conocimiento de género epistémico”. Pertenece al plano práctico del ser humano, que es, se nos avisa, “una unidad místico/práctica”. Se trata, en suma, de una opinión de la ciencia que apunta hacia una epistemología pragmatista.

Por detrás, o quizá mejor “más acá” de la practicidad, del interés operativo del género epistémico, se encuentra la metafísica. Y justo por este lugar, es que puede producir una “crítica del conocimiento”. Como

⁴ Spencer, en sus *Primeros Principios*: “Para dar a la definición su forma más sencilla y clara, diremos: el conocimiento vulgar es el *saber no unificado*; la ciencia es el *saber parcialmente unificado*; la filosofía es el *saber completamente unificado*.” (Ed. E.M.C.A., Bs. As., sin fecha de edición, p. 12)

⁵ Macedonio Fernández, op. cit. p. 48.

Kant con quien pulseó sostenidamente, Fernández piensa que hay una “metafísica buena” y una “metafísica mala”⁶ y que esta disputa se dirime en una “crítica”. Pero a diferencia de Kant, esta crítica la realiza la metafísica misma y puede hacerlo en la medida en que no pretende conocer nada conforme a categorías pues le guía sólo un interés “contemplativo”. A ella, le compete, en cambio, la “refutación de las categorías aperceptivas” de las que se vale inevitablemente el género epistémico.⁷ Concebida entonces como crítica del conocimiento, la metafísica significa el puente, paso sabio, sin misterio, hacia el estado místico.

La mística no es, claro, nada semejante a un corpus de conocimientos. En todo caso, puede expresarse en un par de proposiciones. En algún lugar la presenta como “crítica del ser”, pero lo que es propiamente *místico* es un *estado* obtenido por mediación de la metafísica en tanto crítica del género epistémico.⁸

De esta manera, como en toda filosofía con pretensión de crítica y superación se provoca una reubicación de las disciplinas ofrecidas por la tradición en un nuevo espacio epistemológico. En lo que respecta a la *teoría del ser* (expresión en la que incluimos a la Ontología y a la Metafísica) que la tradición adscribe al género epistémico, el saldo es negativo. Serían desechadas dos tipos de teorías del ser (permítasenos, una vez más, otro ejercicio clasificatorio): el tipo onto-teo-lógico o sustancialista y el tipo ontofenomenológico o fenomenologista. Podríamos decir directamente: ontologías prekantianas y postkantianas. Para Fernández, ambas viven en la misma ilusión: que es posible la ordenación y explicación de la Presentación Total de Lo-que-Es (o “se da”, o “hay”) según categorías.

⁶ La analogía se detiene allí. La metafísica buena pertenecería, según Kant, al género epistémico, y según Fernández, al místico. La metafísica mala, según Fernández, pretendería pertenecer al género metafísico y es la que tendría el aspecto de una ontología. En el caso de Kant, no podría pertenecer al género místico, pues no sería siquiera un tipo de conocimiento.

⁷ Fernández dice: “Metafísica es la crítica del conocimiento. Su respuesta es positiva, es decir, afirma la plenitud del conocimiento sin residuo alguno de misterio pero también la inanidad del Conocimiento o Inteligencia en cuanto se le supone facultad que excede a la mera nominación de las cosas o estados, facultad de inducir, exceder al hecho...”, op. cit. p. 204.

⁸ Fernández dice de la mística: “La reducción a inexistencias de estas cuatro ideas (Yo, Materia, Espacio, Tiempo) nos vuelve a la conformidad con nuestra existencia, con el Mundo, que es lo mismo como auto-existente, como no-objeto, pues nada es el sujeto. Esto es la Mística. Cesa así el asombro de que algo pueda ser: se es místico, es decir se es el mundo, sin sujeto ni objeto.” (op. cit., p. 204)

Hasta aquí podemos sentar, sin esquivar contradicciones e incomodidades, un par de tesis para graficar la posición de Fernández respecto de las posibilidades de una teoría del ser:

- i) el ámbito de lo metafísico es cognoscible, pero en un conocimiento de género no epistémico;
- ii) la ontología como programa epistémico es imposible.

Ambas tesis se reclaman mutuamente con denodada intrincación. Para simplificar la cuestión, llamemos a la primera aspecto positivo y a la segunda, aspecto negativo del ejercicio de la metafísica como Crítica del conocimiento. La completa cognoscibilidad del ámbito de la Existencia es simétricamente contrapuesta a la imposibilidad de que se desarrolle como ciencia. Es decir que al trazar una descripción íntegra de la peculiaridad de ese ámbito se provoca a la vez una conciencia de la imposibilidad de una ontología entendida en cualquiera de los dos tipos arriba indicados.

Pero lo que esta descripción llega a producir también es la conciencia de cómo llegó el espíritu humano a plantearse ciertas preguntas. Fernández medita así una genealogía del sentimiento metafísico que se hace posible una vez ganada la perspectiva justa que permite la descripción de ese ámbito. Las tres instancias, genealogía, crítica y descripción, se solicitan entre sí circularmente siguiendo un recorrido al que estamos casi tentados de denominar dialéctico.⁹

Entre varios intentos de definición de la metafísica hay algunos que apelan especialmente a la vía genealógica con marcada seguridad: "La Metafísica es la investigación intelectual de las vías genéticas del hecho espiritual de emoción de infamiliaridad de lo ya conocido, de lo no-nuevo,

⁹ Se trataría, sin embargo, de una dialéctica débil sin telología tranquilizadora, acorde a las idas y vueltas de la vida misma donde hay negación y superación, pero también descenso y recaída. El estado místico puede ganarse y perderse más de una vez y en el mismo día porque depende, con lenguaje de Fernández, del grado de Actividad de la Afección. La Actividad en la medida en que es mayor se halla expuesta a la Contingencia de la Sensación, del Dolor en definitiva, que es el indicio del Mundo. La "reapropiación contemplativa del fenómeno" es un nombre exaltado para una ganancia de duración a veces mínima; no es una estación terminal, sino un apeo pasajero.

que tal es el 'choque metafísico'.¹⁰ Esta infamiliaridad de lo conocido o cotidiano es el asombro de la existencia. La perplejidad de que *algo*, y entre ese algo, *yo*, exista, es el motivo único de la metafísica. De este modo, todo el esfuerzo descriptivo y crítico se orienta al desvanecimiento de una emoción. Fernández piensa así la metafísica como una *terapéutica* del asombro de existir.

Como terapéutica comporta el momento de reapropiación de un estado originario perdido en algunos hombres (y sólo en algunos hombres) por el sentimiento generado por la experiencia de la escisión entre lo Otro (el Mundo) y Yo. La experiencia como fracaso de la Sensibilidad frente al mero darse del Ser. Lo infamiliar, lo incómodo, acontece como frustración del Deseo ("sensible", pero siempre lo es) por ser el mundo. Ser el mundo en vez de "ser-en-el-mundo". Pues justamente el ser ahí sensible sólo puede poner el mundo y a sí mismo como posiciones enfrentadas cuando acaece esta escisión primigenia.

Nacen entonces el "Yo" y el "Mundo" (la Realidad, el Ser) como posiciones reificadas a partir de esta escisión. Esta génesis compromete a los pares de conceptos/cosas que recorren todo el espectro típico de las explicaciones metafísicas. Ser, no ser, sujeto, objeto, mente, materia, necesidad, identidad, y sus opuestos; todos ellos provienen de la fijación producida por nuestra facultad aperceptiva que es el poder de ubicación de lo que hay o, más bien, *acontece*. De donde las preguntas: ¿cuál es la causa del mundo?, ¿por qué el ser y no más bien el no ser?, ¿cuál es el sentido del ser?, etcétera, son la enunciación discursiva de una emoción del ánimo. Si el ánimo fuera lo que quiere ser, sintiera lo que quiere sentir, no se habría originado la infamiliaridad metafísica. Por ello es el Dolor, en definitiva, el indicio del Mundo.

Notemos que esta genealogía del sentimiento que hace metafísica la coloca, como a la ciencia y a la filosofía, sobre una común raíz pragmática. "La Metafísica, en suma, (escribió en estos papeles póstumos de sus últimos años) es hedonista, es hija del miedo."¹¹ Pero a diferencia de ciencia y filosofía, la metafísica que vale no es de género epistémico. Las metafísicas de género epistémico, las "teorías del ser", se descalifican porque hacen valer el concepto, la "verbalización", sobre el fondo de una emoción. La metafísica de género místico hace valer el estado místico. Un estado de conciliación con el ser acorde a su génesis emocional.

¹⁰ Macedonio Fernández, op. cit., p. 388.

¹¹ Ibídem.

Con todo, ¿hay una “ontología” en Fernández? Como todo pensamiento profundo, éste tampoco se salva de paradojas. Esto sucede con cualquier teoría que en su despliegue se desdiga del objeto mismo sobre el que recae. De algún modo, sucede, por ejemplo, con el *Tractatus Logicus/Philosophicus* de Wittgenstein. Pasaremos breve revista, en este último punto y como conclusión, a la teorización del ser que emprende Fernández a la vez que ofreceremos una somera confrontación con el atomismo y empirismo lógicos sin dar cuenta, para el caso, de las importantes diferencias de esas filosofías.

En principio, lo que nos ha sorprendido e incitado en esta pequeña investigación es la coincidencia en el *resultado* de perspectivas teóricas radicalmente diferentes. La tesis de Carnap según la cual, las pseudoproposiciones de la metafísica “sirven para la expresión de una actitud emotiva ante la vida” podría parafrasear sin traición algún párrafo de Fernández. Lo mismo cabe indicar de unas cuantas proposiciones del *Tractatus*. Sin embargo, esta coincidencia proviene, en general, de concepciones antípodas. Nos interesa revisar este paralelismo en dos temas: uno, la teoría del lenguaje; dos, la ontología subyacente.

A) Hemos señalado que para Fernández la teoría del ser era eliminada del género epistémico. La eliminación fue alentada con énfasis por el empirismo lógico que la desterró a las tinieblas de la pseudociencia. Carnap cultivó además una genealogía de la metafísica anclada en su génesis emotiva afín, a grandes rasgos, a la de Fernández. Lo curioso es que las razones, los vistos y considerandos de esa sanción, son profundamente antitéticos. Veamos.

En el atomismo y empirismo lógico, las razones de la exclusión de la metafísica descansan en la lógica del lenguaje. El anclaje del lenguaje cognoscitivo es la proposición con sentido y el de ésta, la posibilidad de reducirla a la empiria. Lógica y empiria son los soportes extremos del sentido y la proposición, el medio sobre el que recae el sentido. La proposición es la pictografía del mundo, la forma pura del sentido sin la cual no hay posibilidad de decir aquello en que consiste el mundo.¹² Logicismo,

¹²Cfr. Ludwig Wittgenstein: 4.1. “La proposición representa el darse y no darse efectivos de los estados de cosas”, *Tractatus Logico-Philosophicus*; Alianza Universidad, Madrid, 1989, p. 65.

empirismo, proposicionalismo y representativismo son los nudos que soportan la red conceptual desde donde se recorta el límite del sentido. El recorrido de los lazos de esa red deja fuera del sentido el ámbito sobre el que pretende hablar una teoría del ser. No puede ser “reducida” a los espacios interiores de la red. Queda, por esto, excluida del género epistémico.

Macedonio Fernández, en cambio, no deposita esa confianza en el lenguaje, menos en la lógica. Ante todo, si la teoría del ser es desechada del género epistémico, éste, por otro lado, es devaluado. La disolución de la ontología de que nuestro título presume corre pareja con una devaluación de la ciencia, o mejor, de la cientificidad. Y la devaluación sucede justamente por el lugar que le asigna a la lógica y al lenguaje. Para Fernández, el hombre posee una estructura mental que se expresa en “categorías aperceptivas”. Esta es la facultad práctica, primordial, de la inteligencia cuya función es la ubicación en el seno del Ser. Del interés práctico en la ubicación procede la “nominación”, el signo lingüístico, y del hábito de éstos los principios y las leyes de la lógica. Se produce esta desautorización de la lógica desde un punto de vista *psicologista*.

Por otra parte, la metafísica entendida a su modo como “crítica del conocimiento” es la que puede mostrar el lenguaje y los conceptos de la ciencia (incluidos aquí los programas ontológicos) como *artificiales*. El género epistémico completo es artificio, meramente técnico. Pero las teorías del ser a diferencia de las ciencias no sirven para dominar los fenómenos. Las condena precisamente la pretensión de cientificidad de que habla el empirismo lógico. Se produce una desacreditación de las teorías del ser desde un punto de vista *instrumentalista*; éste pone en escena una concepción de la ciencia de corte *pragmatista*.

B) Hablamos con amplitud de ontologías refiriéndonos a posiciones que, en sentido estricto, no la hacen posible. Esto equipara a los escritos metafísicos de Fernández con el *Tractatus* de Wittgenstein. Señalemos, por último entre estas obras, alguna proximidad y alguna divergencia.

Como el primer Wittgenstein, Fernández concibe el fondo de lo que hay como una sucesión de estados, de *casos*. Comparten el compromiso de una ontología *antisustancialista*. Entresacando de aquí y de allá enunciados de los escritos metafísicos se manifiesta una llamativa similitud. Por ejemplo, leemos: “Estados, sucesos, es todo el ser y todo aquello sobre lo que puede recaer el pensamiento, es decir, la atención ...”. “No hay espacio, ni tiempo, yo, materia, sino estados, lo ‘concreto’, el ser”. “Una

causa del ser-será siempre el ser, un caso del ser, que es lo que se trata de explicar.”¹³ “Nada de lo que acaece en la conciencia -y sólo en ella acaece algo- tiene nota de existencia adicionada a su cualidad, a su acaecer.”¹⁴

Estas formulaciones dibujan una casuística fundamental, una ontología relacionista del tipo de la “metafísica del mundo” del *Tractatus*. En éste la lógica del lenguaje, de “lo que se puede decir”, la condena fuera del género epistémico; hacia “lo más alto”, hacia lo “místico”. También la interrogación metafísica lleva, según vimos, a Fernández a la mística. Y lo lleva mediante un paso paralelo, pero sin culpa, pues no identifica el decir con sentido con la proposición. De este modo, el *logicismo* originario inclina a Wittgenstein a declarar absurda toda proposición que no pertenezca al género de la ciencia; el *fenomenismo* de Fernández, en cambio, diluye la ciencia al disolver todo anclaje firme del sentido.

Por esta diferencia pudo el *Tractatus* constituirse, a través de una lectura algo parcial, en la “metafísica del positivismo lógico”. Macedonio Fernández, en cambio, autodidacta sin hogar académico, es el metafísico del mundo de Tlön, donde “el monismo o idealismo total invalida la ciencia”. Y sin embargo: “La paradójica verdad es que existen, en casi innumerable número.”¹⁵

¹³ Macedonio Fernández, op. cit., pp. 356-357.

¹⁴ Macedonio Fernández, op. cit., p. 377, en “Verdades pedantes frías y verdades calientes”

¹⁵ Jorge Luis Borges, *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, en *Obras Completas*, Emecé, Buenos Aires, 1974, p. 436.